



Asociación Mexicana de Tanatología, A.C

EL SENTIR RELIGIOSO Y LA MUERTE

QUE PARA OBTENER EL DIPLOMADO EN

TANATOLOGÍA

PRESENTA:

OMAR ÁNGEL DANIEL CABRERA VALDEZ



Asociación Mexicana de Educación Continua y a Distancia, A. C.

México, D. F., a 11 de marzo de 2015

DR. FELIPE MARTÍNEZ ARRONTE
PRESIDENTE DE LA ASOCIACIÓN
MEXICANA DE TANATOLOGÍA, A. C.
PRESENTE.

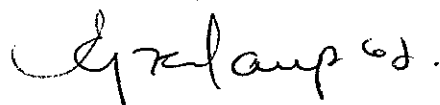
Por medio de la presente le informo que revisé y aprobé la tesina que presentó:

- Omar Ángel Daniel Cabrera Valdez

Integrante de la Generación 2013-2014

El nombre de la tesina es:

El sentir religioso y la Muerte



Atentamente
Teóloga Guillermina Elizondo

Agradecimientos

El presente está dedicado principalmente a mi difunto padre, Francisco Armando Cabrera Cacho. A donde quiera que esté, siempre lo tengo presente en mis aventuras, tanto académicas como laborales.

También se lo dedico a mi madre, Patricia Valdez Del Pilar. Por su cariño, comprensión y apoyo incondicional en cada una de las metas que me propongo, aunque sé que a muchas no les encuentra sentido, gracias mamá por nunca dejarme de apoyar.

Mención especial a Gisela Arias Castro, mi novia que me ha acompañado con gusto, con risas y a veces hasta con lágrimas en este no tan breve camino de la tanatología. Te amo cariño, espero que sigamos consiguiendo metas juntos como hasta ahora.

Índice

El panorama religioso.....	1
Breve visión multidisciplinaria del fenómeno religioso.....	7
El papel psicológico de la religión.....	21
Conclusiones.....	35
Bibliografía.....	39

El panorama religioso

Hablar de religión no es sencillo, a pesar de ser algo tan común en la vida de los seres humanos, las creencias religiosas son un tema delicado que suele reservarse a la intimidad del hogar y a la confianza de las personas más allegadas. Si bien es cierto que la historia nos enseña que este fenómeno es casi universal para todos los pueblos, cada uno lo ha entendido a su manera y lo ha visto transformarse con el paso del tiempo; al igual que las civilizaciones, el sentir religioso también ha cambiado, hay cultos que han evolucionado e integrado dentro de sí creencias que les precedieron para fortalecerse, mientras que otros fueron violentamente desplazados y hasta prohibidos.

Humanidad y fe han ido de la mano desde siempre, investigaciones antropológicas, sociológicas e históricas dan cuenta de ello; en los últimos tiempos, también la psicología se ha interesado por las repercusiones de este suceso en la psique de personas y sus manifestaciones sociales. Con mayor o menor éxito, la psicología ha encarado de forma valiente esta tarea, desde aproximaciones estrictamente positivistas como las de Wundt, enfoques psicodinámicos como los de Freud y sus discípulos o, importantes ejercicios interdisciplinarios entre la psicología social, la antropología, la sociología o la teología misma.

La experiencia místico-religiosa ha tenido diversas repercusiones en la vida humana, tanto directas como indirectas; las primeras, aún podemos sentir las en nuestra vida cotidiana, son los remanentes de épocas lejanas en que el poder clerical y estatal eran uno solo; en el puntual caso de México y la religión católica, nuestros periodos vacacionales y días feriados coinciden con grandes fiestas religiosas (semana santa, navidad, día de muertos, etc.), los nombres de las personas se inspiran en personajes bíblicos, incluso el desarrollo biológico está marcado por ritos extraídos de dicha tradición (bautizo, comunión, matrimonio, etc.).

Hablamos de México no por ser un espacio exclusivo para apreciar este impacto directo, grosero sería suponer algo así, más bien, es el contexto en el cual nos desenvolvemos a la par que realizamos estas líneas.

Sin embargo, también hay rasgos directos (aunque mucho más tenues) de la religión prehispánica y politeísta que precedió al catolicismo en esta región; la dieta que los mexicanos seguimos, desde los tamales que se consumían en tiempos de sequía o el chocolate que tomaban los miembros de la realeza azteca con fines ceremoniales, entre otros. El culto a los antepasados, la veneración a la muerte, por mencionar algunos, son rasgos de un credo parcialmente olvidado que, para sobrevivir (de forma parcial) se amalgamó a una nueva fe que le apabullaba pero que no le aniquiló del todo.

El impacto indirecto es más apreciable en campos como el arte o la ciencia, desde las grandes catedrales erigidas para el culto católico (varias de ellas edificadas a partir de templos prehispánicos), hasta la escolástica que se convirtió en la enseñanza de las doctrinas aristotélicas primero, después un movimiento teológico/filosófico para comprender la revelación del cristianismo.

El culto prehispánico deja como herencia indirecta su presencia en las ruinas de esos otrora majestuosos centros ceremoniales, en los nombres mixtos o adaptados al castellano de los lugares donde ahora vivimos, en todo el folklore y las leyendas que han quedado en el imaginario popular; todas esas historias que alguna vez fueron dogma y creencia y que ahora sólo sobreviven en la fantasía como mitos.

Si lo anterior se lee de primera intención, quizá parezca que ya se ha dicho mucho sobre este tema, incluso puede ser que haya quienes caigan en el engaño de pensar que ya se ha dicho todo. Nada es más falso, como todo suceso humano, la forma de vivenciarlo cambia y el panorama actual es diferente al de las primeras investigaciones sobre el impacto de la religión en la vida humana, es ahí donde cabe la pertinencia de nuevas aproximaciones.

Soberbio sería decir que no se han hecho otros estudios del tema en estos tiempos, con mayor alcance, recursos y planificación de lo que pueda ser el presente, sin embargo, vale la pena resaltar que la perspectiva de la psicología es quizás la que menos ha explorado esta vereda dentro de las ciencias sociales, esto último es muy paradójico pues es quizás la que más capacitada está y, por campo de estudio, también podemos decir que es la disciplina con más obligación de estudio a los credos y sus vivencias.

Con lo anterior no pretendemos menospreciar el papel que han jugado la antropología y la sociología en el estudio de la religión, creemos que toda aportación es valiosa sin embargo, la mirada que la psicología puede aportar es un poco más completa pues tiene la capacidad de estudiar tanto al sujeto como al grupo en el que se desenvuelve. El punto en que el mandato social choca con el deseo individual y genera un conflicto es un área por excelencia de la psicología social y, es también una escena recurrente de las religiones en general.

Las creencias religiosas son un suceso dual, podemos ver sus repercusiones tanto a nivel personal como grupal, los sujetos se congregan en masa alrededor de templos cuyo nombre varía según la creencia, dedican momentos de su día a realizar oraciones; incluso en fechas especiales se realizan ritos que conmemoran sucesos importantes de cada culto. La fuerza de la fe ha mutado con el tiempo, hay quienes la sienten con la misma intensidad mientras otras personas sólo son arrastradas por la multitud o por la formalidad de las temporadas. Ese tipo de vivencias son en las que la psicología debe de indagar en la actualidad.

De particular interés para nuestro abordaje es el tema de la muerte, inevitablemente relacionado a la religión, algunos teóricos sostienen que la imagen de finitud en la vida humana fue una de las primeras fuerzas que motivaron las concepciones animistas que al paso de los milenios darían origen a las primeras religiones. Aun en el mundo tecnologizado y científico en que

vivimos, el entendimiento biológico de la muerte no ha podido separarnos de nuestros temores más primordiales.

Los seres humanos seguimos temiéndole a la muerte, nuestro imaginario sigue poblado de hipótesis sobre la vida en el más allá, las esperanzas y miedos relacionados con una existencia después de lo terrenal han dejado huella en todas las culturas, lo que de ellas podemos rastrear en nuestro propio marco cultural es muy interesante, los mexicanos tenemos un fuerte culto a los antepasados, nuestro folclor¹ está lleno de historias que involucran a espectros, seres de ultratumba, muertos que aún pululan entre los vivos; nos decimos inmersos en una sociedad que tiene por tradición la burla ante la muerte sin embargo, analizado a detalle, esa es una forma de ocultar nuestro profundo miedo y respeto a la misma.

La sociedad no sólo se ríe de la muerte, también la adora, hay personas que han hecho de este suceso una religión por sí sola, le levantan altares, le dedican ofrendas y la han personalizado como a un esqueleto envuelto en una túnica negra que les protege de su destino final o les procura uno menos doloroso. El lenguaje, en su eterna maleabilidad ha dado cuenta de ello, sobran las palabras para nombrar al final de la vida, desde las que le dedican sus adoradores hasta las metáforas de los poetas que la han descrito.

La psicología ha desarrollado su propio abordaje sobre la muerte y todo lo que a esta rodea por medio de la tanatología ya que, de forma invariable, el proceso psíquico que atraviesa un enfermo terminal o una persona aquejada por el duelo que ocasiona la muerte de un ser querido, es diametralmente opuesto al de una persona sana, joven y lejana a todo tipo de pensamiento de este tipo.

¹ La palabra folclor es un préstamo que hace el idioma inglés al castellano, la palabra se deriva de la combinación de Folk = Gente y Lore = Acervo/Conocimiento; *el conocimiento de la gente*, que entenderemos como las creencias, costumbres e historias de un pueblo determinado, su transmisión puede ser oral “de boca en boca”, o escrita.

El carácter reciente de la disciplina, enfrentan a los tanatólogos a contextos muy complejos que nadie ha recorrido antes, más que un estudio sobre la muerte, es lícito definirlo como un estudio sobre las pérdidas. Creemos que justo esa aclaración la hace aún más pertinente al tema pues, en el caso específico de la religión, muchos hablan de un extravío en las creencias, de una pérdida de los valores originarios que caracterizaban estas prácticas y que, como hemos dicho antes, atraviesan la forma total de vivir de un individuo.

Estéril sería pensar que, con la psicología aplicada al estudio de las religiones o con la tanatología más profunda, podríamos reencontrar eso que muchos creen perdido en la fe que se practica en estos días. El objetivo de este trabajo mucho menos pretende eso, sin embargo, a lo que sí aspiramos en esta breve revisión es a un esclarecimiento del vivir religioso actual, esperamos que de esta manera podamos entender qué es lo que implica practicar un credo en estos tiempos y, si en realidad algo se ha extraviado o, es sólo una resignificación que pocos logran comprender.

Este trabajo es una pequeña revisión teórica, abordamos voces sobresalientes en el tema desde la sociología, antropología, teología, historia de las religiones y claro está, la psicología. A pesar de ello, sabemos que el ejercicio no es exhaustivo, de antemano nos disculpamos por potenciales omisiones que podamos haber cometido, nuestro objetivo es apenas una gota de agua en un océano de investigaciones mucho más serias y profundas.

La validez de este texto introductorio y otros de mayor profundidad y análisis, radica en que pueden ser auxiliares en la búsqueda espiritual constante que hacemos los seres humanos; muchas veces emprendemos estas pesquisas porque algo hemos extraviado o creemos que nunca lo hemos encontrado y, quizás en esta época más que en otras pareciera que en realidad sí se ha perdido algo del fenómeno místico-religioso.

No podemos aseverar que esto sea una realidad pero, aun en caso de que sílo sea, algo más se ha tenido que adecuar para suplir el lugar de lo que ya no está ahí y siendo así, vale la pena conocer qué es lo que se está reconfigurando para poder entender de qué manera algo tan importante como la religión puede seguir dando guía, esperanza y respuestas a millones de personas en el mundo.

Breve visión multidisciplinaria del fenómeno religioso

Aunque no sea un hecho novedoso, no podríamos hablar de la experiencia místico-religiosa sin antes indagar en la génesis de la misma; es una indagación difícil porque hay muchas vivencias de ese estilo, no podemos abarcarlas todas pero sí intentaremos rastrear el origen común de las mismas, para eso vamos a apoyarnos en varios enfoques de las ciencias sociales.

Toda vivencia religiosa se apoya en uno o varios mitos, historias que dan cuenta de un tiempo primordial, ya sea un momento en que los dioses caminaban por este mundo, una época en que los profetas estuvieron presentes para anunciar una buena nueva o, tiempos inalcanzables (a veces, parcialmente olvidados) en que seres humanos más perfectos y por ende, más cercanos a los requerimientos y leyes de sus deidades creadoras, fundaron la tradición en que los credos se apoyan. Cada religión tiene su mito, y este ha sido objeto de estudio para muchos teóricos y disciplinas, una de las voces más sobresalientes en este campo, el historiador de las religiones, Mircea Eliade, nos dice al respecto:

“...el gran misterio, común a todas las religiones, de que los hombres, junto con el cosmos y todas las formas de vida, son la creación de los dioses o de los seres sobrenaturales. Esta revelación es comunicada a través de los mitos de origen.” (Eliade, 2001, p. 18).

La anterior frase nos da varios puntos de partida para seguir con nuestro tema inicial, podemos discernir que las creencias tienen una parte obvia que es la teológica pero, también poseen una que es cultural y que atraviesa totalmente la vida de los sujetos que conforman un pueblo.

Tal vez es un poco más clara la parte teológica, por esa razón abordaremos primero la cultural. Todo lo que del mito se desprende se inserta directamente en la vida de los pueblos, cada dogma da parámetros de conducta,

maneras de llevar a cabo la adoración de los dioses, ritos para marcar la vida de los miembros de la comunidad que comparten a uno o varios dioses según la sociedad en cuestión.

Seguir a uno o a determinados dioses implica obediencia, sumisión y un compromiso para con la deidad y para con uno mismo pero, también implica un estilo de vida, mismo que es mucho mejor apreciado cuando ha permeado en la cantidad suficiente de sujetos como para que se les considere una comunidad religiosa. Es importante considerar que el credo es también un elemento de la cultura (uno de los más importantes quizás) y como tal, se vuelve identitario de un pueblo o comunidad.

Ahora bien, antes de continuar refiriéndonos a la relación que hay entre religión y cultura, la segunda la definiremos como "... un sistema ordenado de significaciones y símbolos en virtud de los cuales los individuos definen su mundo, expresan sus sentimientos y formulan sus juicios." (Geertz, 1998. P.70). Después de esta puntualización nos es más lícito decir que la religión es significativa, al ser parte de la cultura se vuelve parte del entramado subjetivo de cada miembro de la sociedad; la interpretación de mundo en que vive cada sujeto, está atravesada por los mitos en que su fe se basa y por su forma de practicarla, vivenciarla y apropiarse de ella.

Los significados detrás de cada doctrina se convierten en símbolos, representaciones de una o varias ideas que, en este caso específico exteriorizan la relación de la humanidad con su mundo interno y con las imágenes que habitan en él, ya sean dioses, fuerzas de la naturaleza u objetos mágicos con fines específicos.

Las actuales religiones con mayor número de adeptos dan muestra de lo sólido que puede llegar a ser la relación del creyente con un símbolo que represente su experiencia místico-religiosa. Los ejemplos más claros de este hecho son: la cruz que simboliza a Cristo en su agonía para las confesiones que

se identifican con las revelaciones católico-cristianas, la media luna que usó el imperio turco-otomano como símbolo de poder y en la actualidad se ha expandido a otros estados árabes hasta volverse símbolo universal del islam, el candelabro de siete brazos que ha representado al pueblo judío desde la antigüedad, la rueda del dharma que simboliza las enseñanzas del buda para alcanzar el nirvana o, el símbolo del Yin y el Yang que marca la contraposición de las fuerzas básicas del universo para aquellos que son seguidores de los cultos no teístas del tao.

Los símbolos tienen un efecto directo en la psique de los sujetos, están presentes en la vida cotidiana y también en la historia de los pueblos, no son sólo religiosos, más bien decimos que son humanos y que los hay en varias instancias; las repercusiones del simbolismo ya han sido estudiadas a detalle en otras ocasiones por la psicología, “Llamamos símbolo a un término, un nombre o una imagen que puede ser conocido en la vida diaria aunque posea connotaciones específicas además de su significado corriente y obvio.” (Jung, 1984, p. 17).

Retomando el aspecto teológico del mito que se mencionó antes, el misterio siempre es parte de una cosmogonía, un suceso recóndito y lejano, casi siempre imposible de probar y entender para el entendimiento del creyente promedio, objeto de estudio para los intelectuales y mistagogos.

A diferencia del símbolo, este no es algo cotidiano, no se vuelve parte del festejo comunitario y tampoco es digno de una fecha conmemorativa especial, aun así, es uno de los pilares de la fe, creer que esos sucesos fueron posibles se vuelve la base de toda creencia religiosa.

Esta palabra, el misterio, implica algo más allá de su significado directo, hay que manejarla con precaución, el significado lingüístico lo concibe como algo que no se conoce, que es reservado y si bien, algunos misterios sí puede que sean reservados para unos cuantos iniciados e incluso en los

orígenes del catolicismo primitivo (por citar un ejemplo y ser el más próximo), se hablaba del misterio para preservar las enseñanzas de los oídos de profanos y de perseguidores que eran enemigos del credo, la noción cómo se maneja en la actualidad debe ser entendida más bien como una verdad sobrenatural, algo que está por encima del entendimiento limitado de las personas comunes.

*... El concepto de misterio no significa otra cosa que lo oculto y secreto, lo que no es público, lo que no se concibe ni se entiende, lo que no es cotidiano y familiar, sin que la palabra pueda caracterizarlo y denominarlo con mayor precisión en sus propias cualidades afirmativas. Sin embargo, con ello nos referimos a algo positivo. Este carácter positivo del *mysterium* se experimenta sólo en sentimientos. [...] Entre estas cualidades positivas, la primera que se echa de ver es la expresada en el adjetivo tremendo. Tremor no es en sí otra cosa que temor... (Otto, 1989, p. 22)*

La puntualización de Rudolf con la que cerramos el párrafo anterior nos pone otro elemento importante a destacar: el del temor, un elemento que parece omnipresente en todas las religiones, la fe es dicotómica, hay un componente esperanzador y protector pero, también hay otro en que los dioses son demandantes, se presentan como una fuerza abrasadora y devoradora que persigue, que puede ser caprichosa y por eso hay que ganarse su favor.

Si bien, estas ideas parecen más propias de religiones primitivas y animistas, en las actuales creencias modernas se puede sondear aún la sombra de la parte tremenda, y no porque los credos sean sanguinarios en su origen sino porque, al igual que sucedió con el *mysterium*, el *tremor* también tiene una doble acepción, por un lado es lo terrible, por el otro igual es lo que es digno de respeto y reverencia.

El doble significado del temor está vinculado íntimamente con la concepción de dios en las religiones monoteístas, hay que temer la ira del creador que es todopoderoso y que castigará a los infieles o a los que

contradigan sus mandamientos y enseñanzas, esta modalidad es la que se mantiene más cercana a aquello que debe ser reverenciado y respetado. El otro temor, el de lo terrible, es más propio del mundo terrenal, de las circunstancias azarosas que la vida presenta y pueden hacer que el creyente entre en conflicto con sus dioses. Los libros sagrados de cada credo están plenos de citas al respecto del temor y cómo debe de ser interpretado, no profundizaremos en ellas por no ser el objetivo de nuestro estudio.

De entre todos los temores a los que el ser humano se enfrenta, hay uno en específico que todos los pueblos han tratado de entender y explicar de forma más o menos satisfactoria y, tal vez, con un poco más de esmero que otros hechos importantes que no necesariamente atemorizan. Este suceso es la muerte y, huelga decir que las explicaciones para la misma no siempre logran disminuir todo el miedo que suscita en la psique de los que son impactados por ella.

En cada interpretación cosmogónica que la historia ha registrado se explican todos los puntos importantes de la vida, desde el nacimiento hasta la sexualidad y claro está, el cese total de las funciones vitales con el que concluye la existencia de un sujeto ocupa un lugar especial. Ante esto, surge la pregunta ¿Qué hay en la muerte que preocupa tanto a los sujetos que la confrontan? ¿Por qué la necesidad de trascenderla en una vida más allá de lo terreno? Son incógnitas muy grandes que han avasallado desde siempre al género humano, podemos sondear varias explicaciones al respecto.

Si regresamos por nuestra senda inicial al camino de lo mítico, entonces podemos apreciar de forma más clara las primeras explicaciones que encontraron los pueblos primitivos a la finitud de la existencia y, más importante aún, de qué manera estos razonamientos iniciales han evolucionado y nos han conducido al momento actual en que parece haber una lucha entre el pensamiento mítico-religioso, más propio de la fantasía y de estadios primitivos de la mente humana y, el actual juicio científico, deductivo, metódico y

positivista en que, nada que no sea comprobable puede ser dado por cierto y mucho menos por universal o absoluto.

El choque del que hemos hablado nos pone en una situación paradójica respecto de este escrito, ¿de qué forma podemos seguirle dando validez a estas líneas sobre un fenómeno como la religión desde una ciencia como la psicología si decimos que el objeto de estudio pertenece más a la fantasía y a lo improbable?

Nuestra intención no es tomar partido a favor de ninguna postura en esta confrontación, más bien, nuestro interés va en dirección de conocer los sistemas de creencias de un pueblo cualquiera que este sea; estas siempre dejan una impronta en la psique de los individuos, sin importar en qué momento histórico esté la fe, si el contexto le permite regir y ser parte del estado, si es una elección en un ambiente laico o, si ha fluctuado a lo largo de los años. A su paso, los dogmas y su exégesis dejan una marca clara que es descriptible y cualificable desde las ciencias sociales. Como ya se mencionó antes, la religión es parte inseparable y muy importante de toda cultura.

Hemos hablado mucho hasta ahora de uno de nuestros dos temas principales, la religión, antes de poder adentrarnos a fondo en su relación con nuestro otro gran tema (la muerte), vale la pena dejar bien definido qué es religión:

Una religión es:

1) Un sistema de símbolos que obra para 2) establecer vigorosos, penetrantes y duraderos estados anímicos y motivaciones en los hombres 3) formulando concepciones de un orden general de existencia y 4) revisando estas concepciones con una aureola de efectividad tal que 5) los estados anímicos y motivaciones parezcan de un realismo único.”(Geertz, op. cit., P. 89)

Ya con estas puntualizaciones podemos retomar nuestra intención de indagar una vez más sobre el mito y lo que tiene para decirnos de ese suceso al que los poetas han tenido a bien llamar, *el sueño eterno*.

Mito y religión son una dupla indisoluble, detrás de todo credo, estructurado o no, hay una historia que es inalcanzable y de la que sólo queda el relato, una ilación de sucesos heroicos e increíbles más propios de los dioses o de seres humanos elegidos para realizar una gesta con un fin determinado que bien puede ser la creación del mundo que conocemos o el inicio de una nueva era dorada.

Pero lo mítico no sólo se limita a eso, la narración que de ese tiempo primordial se desprende abarca varios sucesos y la creación parece ser sólo uno de ellos, en la leyenda hay uno o varios protagonistas de naturaleza divina pero, a pesar de ser dioses o de contar con el favor de los mismos, atraviesan situaciones apremiantes que les rebasan, deben de experimentar estas angustias y desafíos para llegar a puntos más altos, esa es la enseñanza más valiosa de estos relatos, hasta los héroes y los dioses deben de evolucionar, deben sufrir y primero perfeccionarse a sí mismos antes de llegar a ser el arquetipo legendario.

La historia humana ha visto a muchos pueblos recibir influencias de otros, tanto de forma bélica y forzada (la mayoría de las veces) como pacífica, este proceso también afecta al mito y a la religión, cuando dos sociedades se mezclan, si bien ambas se influyen una a otra, siempre una de las dos tiene mayor protagonismo en el proceso; cuando esto sucede, la experiencia místico-religiosa suele ser de las áreas más trastocadas.

Siendo así ¿Qué sucede con los mitos y con los dogmas que de ellos se desprenden? La incógnita es muy profunda como para adentrarnos en ella, el tema que se pone sobre la mesa es de profundidad tal que daría para una

investigación por sí solo, aquí sólo nos limitaremos a algunas inferencias en el campo de lo psicológico.

Cuando un grupo humano se transforma a profundidad como es el caso de alguna invasión o revolución, ya sea por la fuerza o por el empuje cultural, la religión de los colonizados suele ser reemplazada, proscrita y, en intención por lo menos, olvidada. Dicho olvido en su totalidad es imposible, nunca una creencia es eliminada por completo, cual si fuera un ser vivo, la vieja fe se adapta y se mezcla en resquicios del nuevo orden, pareciera que busca con paciencia los pequeños espacios que quedan libres en el entramado cultural a estrenarse.

Si bien es cierto que tal vez la adoración y el rito (tema que abordaremos más adelante) se pierden, la leyenda, la mitología, las costumbres, los ideales y demás sobreviven; por una parte, permanecen en lo profundo del inconsciente de los individuos y sus generaciones venideras, por otra, perduran en el sincretismo inevitable que se da entre los credos cuando se mezclan ya que el dogma vencedor toma aspectos del vencido, ya sea para una mejor asimilación en los nuevos fieles o por puntos de encuentro entre ambas creencias.

El mito corre la misma suerte por ser parte esencial de la fe, su narración no se pierde, mucho menos se destruye, al contrario, se adapta y se transforma.

Algunas historias populares y de hadas surgieron a partir de los mitos, mientras que otras fueron incorporadas a ellos. Ambas formas personificaban la experiencia acumulada por una sociedad, tal como los hombres deseaban recordar la sabiduría pasada y transmitirla a futuras generaciones. Estos cuentos proporcionan conocimientos profundos que han sostenido a la humanidad a través de las interminables vicisitudes de su existencia, una

herencia que no se ha revelado a los niños de ninguna otra manera, sino de un modo simple, directo y accesible. (Bettelheim, 1991, P. 32).

Podemos ver que, el mito no muere, pero aquellos quienes lo aprenden y encuentran sentido en él sí. Todos los seres humanos sin excepción tienen que enfrentarse en algún momento a la finitud de la vida y la angustia que esta conlleva, los sujetos no pueden evadirse de la muerte en ninguna circunstancia, esta puede ser ajena o propia, lejana o cercana e incluso, lenta o acelerada; cada uno de estos factores puede combinarse o no haciendo que este suceso sea una vivencia personalizada y única, estrictamente subjetiva y digna de ser descrita y apreciada para comprender mejor el impacto que tiene en la psique.

La muerte es algo universal y es quizás uno de los pocos absolutos que la humanidad conoce. Siendo así, no es de extrañar que también sea un tema de cabal importancia y que en toda mitología conocida se aborde el tema con gran seriedad; al parecer desde tiempos arcaicos hombres y mujeres se han visto sorprendidos por la finitud de la vida y al no estar bien preparados para su llegada, ha sido el mito mismo el que se ha ampliado para dar coherencia al hecho, con mayor o menor éxito tal vez pero, los héroes y los dioses de las cosmogonías también tuvieron que morir, quizás no fue una muerte definitiva pero sí fue genuina.

El planteamiento anterior nos llena de incógnitas, por una parte ¿Qué debemos entender cuando decimos que no hay muerte definitiva en los relatos que dan cuenta del tiempo primigenio? Y si no es definitiva ¿Por qué entonces sí decimos que puede ser legítima?

Enfocándonos en la primera duda, los personajes que protagonizan la tradición no mueren físicamente pero sí conocen de primera mano este fenómeno, dicha experiencia es siempre un requisito para llegar a un estadio superior. Los ejemplos más claros que de esto disponemos están en la antigüedad mitológica griega y romana y en las epopeyas que de esta se

desprenden. Orfeo conoció el averno por amor; Odiseo buscaba su destino y Eneas la gloria de su futuro.

De esta forma ¿Estos personajes alcanzan la inmortalidad? No, el mito greco romano menciona su muerte, trágica o misteriosa pero, no morir es algo inhumano incluso para aquellos que tienen algo divino en su ser. El héroe que es en parte también un dios conoce el fin del camino en algún momento.²

Hay una prueba o un suceso de carácter escatológico que permite al protagonista de la narración perfeccionarse, conocer algo que hubiera sido imposible descubrir de otra manera y que lo coloca en un estadio superior; muere en él la ignorancia y el miedo en primera instancia, pero él *no muere de forma definitiva, su muerte legítima vendrá en otro momento.*

Hablar de narraciones fantásticas quizás parezca poco atinado cuando se trata de un suceso tan real como lo es dejar de existir, eso más la tendencia actual que tiende a relegar a la fantasía en nombre del conocimiento científico y racional, nos deja en una situación complicada pues, de primera instancia pareciera que invalida nuestros argumentos sin embargo, no es así, no podemos dejar de lado el hecho de que todo escrito literario emerge de las profundidades del alma humana y refleja un estado emocional, un momento en la psique del creador literario que quizás sea irrepetible pero que deja constancia de angustias que en ese momento perseguían quizás no sólo a una persona, sino a una sociedad entera.

¿De qué manera se relaciona esta defensa literaria con los temas que hasta ahora hemos abordado? No sólo porque muchos estudiosos han relacionado los escritos religiosos con las más avanzadas creaciones artístico-literarias sino, también porque es un hecho que ambas son producciones únicas

² Sabemos que Orfeo no es un héroe propiamente como lo son Eneas y Odiseo sin embargo, creemos que cumple con el requisito de tener una cualidad sobre humana (su don musical) que le permita atravesar el Hades para ir por su amada. Esto tampoco le reporta un beneficio tangible como si lo hizo con el rey de Ítaca y con el troyano pero, los equipara en el hecho de que los tres conocen *la vida después de la muerte* y regresan al mundo de los vivos por un tiempo más.

de la humanidad y que calan hondo no sólo en los contemporáneos de la narración, también conservan el encanto y la profunda impresión para generaciones venideras.

Si nos aventuramos a especular, quizás podemos decir (sin ninguna evidencia sólida más allá de nuestras ideas) que la creación literaria y su fantaseo emergen del mito que los pueblos de regalaron para poderse explicar en un primer momento, fue la necesidad, el ansia de reponerse ante pequeñas muertes y duelos lo que dio origen al testimonio de los ancestros, tanto real como fantasioso. Este es un tema de sobra conocido en el estudio de la psicología:

Desde un cierto punto de vista podría decirse que en el hombre de las sociedades desacralizadas, la religión se ha hecho 'inconsciente'; permanece enterrada en los estratos más profundos de su ser. Pero eso de ninguna manera significa que no continúe realizando una función esencial en la economía de la psique. [...] el hombre se convierte en 'sí mismo' sólo después de haber solventado una serie de situaciones desesperadamente difícil e incluso peligrosas; es decir, después de haber padecido 'torturas y muerte', seguidas por un despertar a otra vida, cualitativamente diferente porque está regenerada. Si nos fijamos, veremos que toda vida humana está constituida por una serie de calvarios o 'muertes', y de 'resurrecciones'. (Eliade, op. cit., P. 82)

Si cada sujeto experimenta pequeñas muertes una y otra vez a lo largo de su vida ¿De qué manera se asimilan esos cambios? ¿Cómo se integran todas las partes de ese *yo resurrecto*? Los héroes de las narraciones primigenias son vistos como el ideal, hay una tendencia a repetir su historia o algunos aspectos de la misma. ¿De qué manera es esto posible? No vemos que nadie busque la laguna estigia para atravesar el Hades, tampoco vemos que alguien medite debajo dos árboles de cerezo para morir, hay otra manera de la que aún no hemos hablado.

El otro aspecto que se desprende de lo mítico-religioso y que hasta aquí no hemos tratado, es *el rito*, el elemento final de la triada. Antes explicamos que toda religión se apoya en el mito, pero no sólo eso, también repite los sucesos primordiales con el rito, de esa forma permite que sus símbolos y significados perduren en el tiempo.

Hay una atemporalidad en la creencia, aunque las formas de llevar a cabo el contacto con la divinidad cambian e incluso el nombre de las mismas se transforma, la necesidad de comunicarse con un ser superior sigue ahí y las formas de hacerlo han acompañado a los creyentes en todas las épocas. Estar cerca de los dioses y agradecerles ha sido ocupación y preocupación de todos los humanos desde tiempos antiguos.

Lo último suena difícil, ¿cómo podemos estar cerca de un dios?, ¿hay forma de saber que le agradamos? Este par de preguntas deben de ser abordadas teniendo en cuenta su resonancia psicológica, una religión actúa en el plano emocional, interfiere totalmente en el estado de ánimo de sus practicantes e incluso los conduce al *éxtasis*.

Las preguntas (así como sus respuestas) se dan en la práctica del culto, el rito es su vehículo, la exteriorización del mito fundante de un estilo de vida y de la historia de uno o varios pueblos; es a su vez, una repetición del tiempo primordial que debe volver a suceder para que sea conocido por futuras generaciones; individualmente es un paso que cada sujeto de la congregación debe dar en un momento determinado para estar bien con los dioses, para poder conocerles y recordarles, a ellos. y a la mitología de la cual forman parte.

Los mitos son un compromiso que proviene de la identificación con la cultura, la naturaleza y el cuerpo. Las construcciones imaginarias, fantasiosas, simbólicas y metafóricas enseñan el camino más profundo que está en el ser. [...] por medio de la creatividad mitológica y la experiencia de los mitos se llega al conocimiento. En el viaje a nuestro mundo interior, el mundo interno se conecta

con el lenguaje de los mitos y los ritos del mundo externo y divino. (Jáidar, 2004, P. 173)

La experiencia místico-religiosa está presente en todas las etapas de la vida, sus ritos acompañan todas las fechas importantes que un ser humano pueda atravesar, ya sean naturales o simbólicas, desde el nacimiento y la muerte hasta los cambios que marque cada sociedad.

Es lícito decir que hay un rito para todo, para volverse hombre o mujer, para unirse a otra persona para siempre, para llegar al mundo y para despedirse de él; un credo se vuelve parte de la cultura, su mitología da estructura a la forma de vida y le impone leyes, no sólo eso, también inspira mediante su narrativa y textos sagrados al arte.

Considerando lo anterior y retomando el otro de nuestros hilos principales de este escrito que es la muerte, hemos subrayado la existencia del rito para este suceso, una revisión historiográfica nos mostrará que la muerte siempre ha sido un misterio e incluso, al igual que la sexualidad, ha sido en ocasiones un tabú y como tal, su mención ha sido censurada y en la medida de lo posible, el fenómeno mismo ha sido olvidado.

¿De dónde viene esta censura? El final de la existencia enfrenta a los sujetos a una gran angustia, esta se compone de dos factores principales, por una parte está la incertidumbre de no saber si en realidad la persona que habitaba ese cuerpo ha desaparecido para siempre o si sobrevive de alguna forma desconocida para los que contemplan su cadáver. En este aspecto las religiones han estado siempre ahí para los pueblos, todas las formas de creencia han dado una explicación a la muerte, una noción de alma que sobrevive a esta y una morada en la cual habita hasta la eternidad.

El otro de los factores es el temor a que la muerte sí sea algo definitivo, a pesar de las promesas en las creencias, la imposibilidad de comprobar su

veracidad es siempre un aspecto mortificador que enfrenta cada creyente o ateo a su manera.

Hay algo más que debemos considerar. Al morir, el cuerpo de las personas experimenta un proceso de descomposición, esto lo deforma hasta volverlo (en ocasiones) una imagen aterradora que exalta la imaginación de los que contemplan la muerte; en esta incertidumbre de no saber si en realidad el cuerpo es el único plano de existencia, el temor al espíritu se presenta y con él, el pensamiento mágico.

Rito y pensamiento mágico van de la mano, el creyente realiza ritos de forma específica para la muerte de sus deudos en el marco de sus creencias, con esta acción persigue varios fines tanto conscientes como inconscientes; por un lado honra a sus deidades al ejercer el ceremonial que su mitología indica, por otro, queda en paz con su difunto al honrarle para que encuentre su camino en otro mundo.

Con estas acciones los sobrevivientes evitan la furia de aquel al que honran y garantizan que el ánima no regresará por venganza a cobrarse una potencial injuria.

...los muertos habitan en los vivos y los vivos van cargando a sus muertos. Es esta una relación muy interesante con la muerte que, como bien sabemos, en pueblos como el mexicano, es celebrada, festejada, está presente en la realidad, como si fuera –la muerte– un ser tangible.

En casi todas, si no es que en todas las culturas del mundo, se han construido mitos, leyendas, ritos, religiones, respuestas filosóficas y científicas para intentar explicar el ineludible misterio de la muerte. Según la cultura de la que se trate, estas construcciones preparan al sujeto para enfrentar a la muerte de diferentes maneras y para procesar el duelo de la pérdida. (Jáidar, Perrés, 2000, p. 37).

De momento dejáremos pendiente el tema del pensamiento mágico, hay mucho que decir al respecto de este pero, consideramos que por su naturaleza meramente psicológica es más conveniente abordarlo más a fondo en el siguiente apartado donde hablaremos específicamente de la relación entre la psicología y religión.

El papel psicológico de la religión

Hasta este punto hemos hablado mucho del fenómeno místico-religioso y lo hemos abordado a la luz de diversos autores sin embargo, estos pensadores vienen de una tradición sociológica, antropológica e incluso teológica, hemos reservado este apartado especial para la psicología pues creemos que es en su campo de estudios, la mente, donde las creencias tienen su mayor impacto.

¿Cómo podemos aseverar lo anterior? Si recurrimos al empirismo, es fácil corroborar el influjo que puede tener una religión en las personas si observamos con atención sus ritos, ya sean individuales o colectivos, desde la actitud seria que algunas personas tienen en la misa, la exaltación y el fervor de la divinidad cuando cargan santos por las calles o, la fe que se deposita en el rezo solitario en tiempos de apremio y necesidad.

A pesar que las anteriores son sólo reacciones exteriores, es fácil inferir que están dejando una huella emocional e incluso neuronal pero, en este segundo nivel no hay mucho que afirmar pues estos datos son sólo definibles en un ámbito de laboratorio y al no ser expertos en dicho tema y no tener las fuentes bibliográficas necesarias, no abordaremos la cuestión por este camino.

Antes de dejar esta ruta del todo, vale la pena resaltar que el estudio de las creencias desde el campo de la neurología y sus ciencias hermanadas es reciente y tiene aún un largo trecho por recorrer, sobre todo porque desde esta óptica puede caerse en excesos como los de estudios que afirman que muchas experiencias religiosas del pasado como las de santos o personajes célebres de la confesión católico-cristiana eran pequeños ataques de epilepsia (Newberg, d'Aquilli, Rause:2002). En el presente escrito no podemos apoyar dichas hipótesis y menos aún negarlas.

Hay otra dimensión del mundo interno que sí podemos abarcar y esta es el mundo de la simbolización y la abstracción del que hemos hablado antes.

Claro está que ambos conceptos tienen un sustrato neurobiológico innegable pero, de la misma forma que no se puede prescindir de la fisiología para explicar el comportamiento humano, tampoco podemos hacer a un lado los procesos que se dan tras la excitación de las neuronas que procesan y transmiten información mediante señalización electroquímica. Este proceso del que hablamos es el pensamiento y sus derivados.

¿De qué manera puede la psicología dar cuenta de los procesos del pensamiento en la experiencia religiosa? No hay una única respuesta a esta incógnita y, quizás, en las posibles contestaciones que demos no encontremos satisfacción ni esclarecimiento sino, más bien, veremos la preocupación que otros hombres de ciencia tuvieron en épocas anteriores por este suceso tan importante en la vida humana.

La religión es una institución en la vida humana, como tal, es también instituyente y marca parámetros que los sujetos siguen, en ocasiones las siguen por convicción, en otras, lo hacen de forma inconsciente.

Muchos de los integrantes de la sociedad rigen su conducta por normas que no siempre se sabe que son emergidas de la religión o de experiencias similares a esta; preceptos básicos como no matar, no robar o no blasfemar contra una deidad que es comunitaria parecen estar presentes en todos los cultos, en parte por sumisión a uno o varios dioses pero, también sirve para garantizar una convivencia adecuada entre individuos; nuestra hipótesis es que de ahí se traslapan a los marcos jurídicos (con las adecuaciones necesarias como sustituir la creencia de una deidad por la de un estado) pues son reglas de probada eficacia que consolidan a los estados cuando ocupan el espacio rector que las creencias podrían haber tenido.

Para dar fuerza al argumento anterior, nos apoyaremos en el siguiente postulado del filósofo Cornelius Castoriadis, de esta forma podemos decir que la

experiencia místico-religiosa es integradora pues inserta a los creyentes en una estructura social:

La psique debe ser socializada, y para ello debe abandonarse más o menos a su mundo propio, sus objetos de investidura, aquello que para ella hace sentido, a investigar objetos, orientaciones, acciones, roles, etc., socialmente creados y valorados. Debe abandonar su tiempo propio a insertarse en un tiempo y un mundo públicos (tanto naturales como humanos). Cuando consideramos la increíble variedad de sociedad que conocemos (y que sin duda no son más que una ínfima parte de las sociedades que hubo y habrá) nos vemos casi obligados a pensar que la sociedad puede hacer de la psique lo que quiera, volverla poligámica, poliándrica, monógama, fetichista, pagana, monoteísta, pacífica, belicosa, etc. Mirando más de cerca, constatamos que esto efectivamente es cierto, sin que se cumpla una condición: que la institución ofrezca a la psique un sentido –un sentido para su vida, y para su muerte. Esto se cumple para las significaciones imaginarias sociales, casi siempre religiosas, que entretejen juntas el sentido de la vida y la muerte del individuo, el sentido de la existencia y de las maneras de hacer de la sociedad considerada el sentido del mundo como totalidad.(Castoriadis, 1997, p. 6-7)

Juzgamos pertinente preguntarnos, si la psique es socializada ¿cómo es este proceso?

Esta ocasión tampoco creemos que haya alguna respuesta definitiva, aunque la religión sea un hecho universal es también totalmente subjetiva, nunca encontraremos dos vivencias iguales (esto aplica para todo fenómeno humano), es por eso que la respuesta terminante a dudas de este tipo nunca llegará. En cambio, lo que sí tenemos es la indagación de hombres brillantes que antes que nosotros ya se hicieron múltiples preguntas sobre la fe y han arrojado un poco de luz al respecto.

Nuestro acercamiento a la relación que hay entre psique y religión será por medio de la teoría psicoanalítica, juzgamos de especial importancia las aportaciones que hicieron tanto el fundador de este marco teórico, Sigmund Freud, como aquel que fue designado por él en primera instancia como su príncipe heredero y primer presidente de la Asociación Psicoanalítica Internacional, Carl Gustav Jung.

No reduciremos nuestro abordaje sólo a estos dos autores, sabemos que algunas veces un poco más modernas pueden sernos de gran utilidad sin embargo, daremos el mayor peso a las aseveraciones de estos teóricos.

Con la aparición del psicoanálisis en el siglo pasado la concepción de la mente sufrió una revolución cuyos efectos son aún muy perceptibles, la noción del inconsciente adquirió una importancia tal que llegó a ser una noción de uso común aun entre personas sin una formación específica como psicólogos y que, muchas veces, ignoran el verdadero significado de los términos.

La teoría psicoanalítica se enfoca en el desarrollo del sujeto desde la infancia hasta la edad adulta, en este lapso de tiempo la psique se va configurando mediante procesos complejos. Hay muchas etapas psíquicas que se deben de atravesar pero no ahondaremos en ellas al no ser este un tratado de desarrollo psíquico aunque, creemos que la visión de los psicoanalistas respecto a la maduración emocional humana queda muy bien con lo que en este breve trabajo buscamos explicar pues también intenta dar una explicación del nacimiento de los mitos y el pensamiento mágico:

Parece que el individuo desea repetir, a lo largo de su vida, el proceso implicado históricamente en la génesis del pensamiento científico. En el curso de la historia, vemos que el hombre se servía de proyecciones emocionales –como los dioses– nacidas de esperanzas y ansiedades inmaduras, para explicar el hombre, su sociedad y el universo; estas explicaciones le prestaban un cierto sentimiento de seguridad. Entonces, poco a poco, gracias a su progreso social,

científico y tecnológico, el hombre comenzó a liberarse de su constante temor por la propia existencia. Sintiendo ya más seguro en el mundo, y también de sí mismo, el hombre pudo empezar a cuestionarse la validez de las imágenes que había utilizado en el pasado como instrumentos explicativos. A partir de aquel momento, las proyecciones infantiles del hombre fueron desapareciendo hasta ser sustituidas por explicaciones racionales. Sin embargo, este proceso no se da, de ningún modo, sin fantasías. En periodos intermedios difíciles y de tensión, el hombre vuelve a buscar consuelo en la noción infantil de que él y su lugar de residencia son el centro del universo.(Bettelheim, op. cit. P. 59).

El paralelismo que hace el autor entre el pensamiento mágico con el que inician las sociedades y la infancia de los seres humanos es muy valioso, ambos empiezan valiéndose de las fantasías y proyecciones que emergen de la imaginación, tanto infantes como grupos humanos primitivos se explican lo que les rodea y lo que no pueden comprender mediante recursos como el animismo, la creación de súper hombres y dioses, la entronización de animales sagrados, etc.

Este estadio inicial de la razón convive con otro más avanzado y propio de la época actual; los seres humanos modernos utilizan su mente racional la mayor parte del tiempo ya pesar de ello, cuando las cosas no van de acuerdo a lo esperado y sobreviene la desesperanza, el sedimento mágico-originario toma entra en escena para dar consuelo y esperanza a los sujetos que se valen en él.

Hay múltiples formas de aproximarse a un poder superior en los momentos de mayor apuro, desde el creyente fervoroso que reza todos los días y en instantes difíciles aumenta el número de oraciones, hasta el fiel ocasional que vive de forma laica e intenta pedir a la divinidad de su elección en ese específico momento; esto último se da a cambio de promesas como una vida más piadosa y apegada a las leyes del credo en cuestión o, un intento por evitar aquellos comportamientos que se sabe contradicen los mandatos sagrados y provocan la ira de las divinidades.

El puente que une las suplicas de los mortales con sus dioses está construido sobre columnas de pensamiento mágico fuertemente asentadas en la psique. La presencia de un ente superior es indemostrable por medios empíricos sin embargo, la fantasía subjetiva hace posible su presencia, no sólo para un sujeto sino para varios que se congregan alrededor de un sujeto/objeto de adoración; ya sea físico o abstracto pues la religión es asunto de muchos y de uno al mismo tiempo, su intensidad puede llegar a ser tal que un credo se vuelve asunto no sólo de una sino de varias naciones y/o pueblos hermanadas/os por idéntica fe.

Si unimos la metáfora del crecimiento humano y la evolución de los pueblos con esta noción de religión que puede ser personal y grupal a la vez, nos encontramos con una dimensión que hasta ahora habíamos ignorado: la forma de practicar el culto.

Creemos válido decir que una estructura religiosa vive cuando sus fieles llevan sus preceptos a su vida cotidiana pero, como todo proceso humano estos mandatos son modificables (a pesar de la reticencia de los más conservadores) y cambiantes, por ello es que hay una confrontación entre quienes intentan conservar inmaculada la tradición religiosa y quienes pretenden reformularla para adecuarla al momento actual.

Los sujetos han creado instituciones que tienen el fin de conservar su religión del paso del tiempo, en mayor o menor cantidad y con grados variables de rigidez pero los creyentes esperan que estas velen por la fe y la propaguen; en este velar se encuentra la misión de preservar el mensaje de los cambios que pueda sufrir por intentar adecuarse a nuevas épocas pues se cree que las revelaciones son un regalo divino que trasciende el entendimiento humano y por eso mismo, no pueden ser trastocadas ni cuestionadas y es ahí donde los guardianes deben cumplir su papel, de no ser así, la duda puede poner en un riesgo real al dogma y amenaza su sobrevivencia.

Lo anterior es sólo una intención, ninguna religión puede quedar inmaculada pues como lo dijimos más arriba, todo producto humano es sujeto a cambios y alteraciones, incluso cuando una creencia tenga un libro sagrado revelado en el cual apoyar sus acciones, la experiencia cotidiana que tiene el creyente de a pie determinará en mucho si los preceptos serán seguidos a pie de la letra o serán modificados acorde a la circunstancia.

Disponemos de un ejemplo para este hecho basado en la religión católica, sabemos que a falta de evidencias, extrapolarlo a otros credos podría ser un grave error sin embargo, aunque no contamos con pruebas sólidas de que esto mismo suceda en el islam o en el judaísmo, por decir un par de ejemplos, tenemos buenas razones para suponerlo pues como dijimos con anterioridad, la fe es una vivencia subjetiva y aunque se le intente seguir como a un manual, seguro el sujeto pondrá algo de sí, por poco que sea.

Entendemos por 'catolicismo popular' el conjunto de sistematizaciones de lo cristiano, elaboradas desde las culturas marginales y desde la práctica social de los desposeídos.

Este catolicismo, producido desde las culturas marginales, se configura a partir de parámetros culturales y códigos de significación distintos y, a veces, claramente contrapuestos a los de la cultura eclesiástica dominante. (González, 1998, P. 57).

Por ser más próxima al sujeto, la forma de creencia que nos interesa aquí es la que González denomina como *popular* porque en ella los creyentes se apropian de su fe, podemos conjeturar que es de ahí de donde la distorsión emerge, las instituciones dan pautas a seguir para ser un buen practicante y al apropiárselas, los individuos las modifican para que calcen con el contexto en el que estos se desenvuelven, la situación política, social, cultural y hasta la económica son determinantes de la forma en que se lleva a cabo una práctica místico-religiosa.

A pesar de lo anterior, creemos justo puntualizar que diferimos del planteamiento de González en una parte específica, él en su texto menciona esta interpretación como más propia de las clases sociales bajas y a las altas las coloca del lado de la ortodoxia marcada por instituciones como la iglesia católica (ejemplo citado por él) pero, si hacemos una revisión más a fondo de literatura antropológica especializada encontraremos que las clases altas también son capaces de llevar a cabo este proceso de reinterpretación, el mensaje religioso ya no es uno solo sino que emergen de él múltiples interpretaciones.

Esta interpretación múltiple en los credos da vitalidad a los mismos, los fieles no se enemistan con nadie, ni con la religión por sí misma ni con sus instituciones, tampoco con quienes las practican de forma distinta, al contrario, la sensación de pertenencia e identidad que son propias de una práctica de este tipo siguen presentes e incluso, en algunos casos se ven amplificadas pues en realidad ya no hay persecución ni censura contra de estas prácticas (quizás sí contra algunas de ellas como la Santa Muerte) que si bien son diferentes, no tienden a escindirse de la idea principal de la fe sino a explicarla de otra manera.

Lo anterior es aplicable únicamente cuando hablamos de una interacción entre sujetos; las organizaciones religiosas se manejan de otra forma, como entes definidos mantienen entre sus estatutos el preservar la unidad entre sus congregaciones así como (ya lo mencionamos párrafos arriba), conservar y difundir las enseñanzas de sus dogmas.

Por esa razón, varios organismos religiosos (e incluso judiciales en algunas ocasiones) están al pendiente antela aparición de *sectas destructivas*³ que puedan iniciar actividades inspirados en la palabra de alguna

³La palabra secta ha tenido una evolución lingüística interesante, en sus inicios se usaba para designar grupos con ideas propias (de cualquier tema, no necesariamente religioso) que les diferenciaban de otros. Al paso del tiempo se les desprestigió al ligar al vocablo con la herejía y tildar de sectarios a los grupos disidentes de las grandes religiones. No fue sino hasta la década de los ochentas en el siglo pasado que se crea el concepto

fe que sea tergiversada o mal interpretada y derive en abusos de todo tipo contra las personas que con ellas simpaticen.

Llegar a este momento no ha sido sencillo, la tolerancia es propia de este momento histórico pues si hacemos una revisión aunque sea breve, vemos que la disidencia ideológica ha sido perseguida entre personas e instituciones por igual y a veces, esta *cacería de brujas* ha llegado a extremos tales como la eliminación física de los rebeldes o su total censura.

A pesar de ello, lo constante es la vivencia personalizada que tiene cada seguidor de una religión sin importar el estrato socioeconómico al que pertenezca, quizás aquí la definición de los sistemas religiosos se adapte mejor; una religión engloba a varios sistemas religiosos dentro de sí sin ser estos sinónimos de la creencia por sí sola: “preferimos emplear el término *sistema religioso*, definiendo al mismo como un sistema ritual, simbólico, mítico, relativamente consistente, desarrollado por un conjunto de especialistas religiosos, articulado o participando en un sistema cultural o subcultural.” (Masferrer, 2004, P. 51). La mayor ventaja que esta cita nos aporta es que engloba todas las propuestas religiosas sin reparar en el aspecto de clase socioeconómica.

No sólo la religión en las sociedades sino también su adquisición particular por los sujetos es algo universal; nos atrevemos a inferir que esto es así porque hay profundas raíces anímicas que se prestan a este proceso y, para ahondar en él regresaremos al tema de la infancia de los individuos abordada desde la teoría psicoanalítica.

La relación de los infantes con sus progenitores es angular para un correcto desarrollo emocional, a pesar que los psicoanalistas describen estos vínculos como caóticos y no exentos de complicaciones que puedan resultar

de los “Nuevos Movimientos Religiosos”, esto último con la intención de hacer a un lado la connotación negativa sin embargo, hay grupos que siguen siendo vistos como peligrosos y para diferenciarlos, se les nombra de esta manera. (Hassan, 1990).

severas en algunos casos, son los padres los que impulsan a sus hijos hacia una madurez estable. Sin importar el paso de los años, la edad adulta se caracterizará por la presencia de los padres en forma de sombras proyectadas desde lo profundo de la psique, estas influyen en todo momento en la vida de los sujetos.

¿Cuál puede ser la relación de todo lo hablado hasta ahora con esta somera explicación del papel de las figuras paterna y materna en la vida humana? En el psicoanálisis la relación es abordada desde los inicios de la teoría; a pesar de su formación como médico y neurólogo, Sigmund Freud hace inferencias de carácter teológico e incluso antropológico en algunos de sus escritos, quizás tomándose excesiva licencia en sus trabajos compara la relación entre padres e hijos con la de creyente y dios en las religiones abrahámicas (principalmente en el judaísmo y el catolicismo).

Dicho abordaje tiene un inconveniente importante, el padre del psicoanálisis describió las creencias como algo patológico, un rezago de la infancia de las sociedades contemporáneas, "... la religión es comparable a una neurosis de la infancia, y es lo bastante optimista para suponer que la humanidad superará esa fase neurótica como tantos niños dejan atrás, con el crecimiento, su parecida neurosis." (Freud, 1927, p. 52).

Debemos hacer especial énfasis en el final de la frase, el autor no sólo afirma que hay algo anormal en las prácticas religiosas al etiquetarlas como un comportamiento neurótico, también profetiza de forma optimista la superación de las mismas. A casi un siglo de la publicación de ese texto nos posicionamos escépticos ante semejante juicio, si analizamos lo que ha sucedido en el campo de la fe en este siglo vemos que no sólo no han desaparecido las religiones sino que, muy al contrario, los sistemas religiosos dentro de las mismas se han diversificado e incluso nuevos credos han emergido en la escena del mismo modo que tradiciones espirituales de oriente se han consolidado en occidente con éxito.

Otro punto débil en la formulación del psiquiatra vienés es que generaliza a partir de la experiencia místico-religiosa europea sin considerar que una teoría con visos de universalidad, como la que él quiso hacer de la escuela psicoanalítica, debería de considerar también las nociones de espiritualidad y fe que provienen del lejano Oriente, no sólo porque estas tienen tanta tradición y antigüedad como las que caracterizan Occidente sino porque también aglomeran una gran cantidad de fieles que no se identifican con los fenómenos religiosos analizados por Freud.

Injusto sería decir que después del fundador de la corriente sus seguidores no hicieron algo al respecto, la tradición oriental fue estudiada desde la psicología analítica (derivada del psicoanálisis) por Jung en primera instancia (Jung, 1938). Tiempo después Erich Fromm y Daisetsu Suzuki colaboraron para analizar el impacto de conceptos propios del abordaje psicoanalítico de la mente humana como son el inconsciente, el yo, el ello, etc., en el marco del budismo zen; en el libro también hay un abordaje de lo que el autor alemán llamaba *la crisis espiritual de hoy*, ya desde 1950 (Fromm, Suzuki, 1960).

Esa *crisis* nos sirve para notar que la búsqueda espiritual de los seres humanos tiene un impacto psicológico importante, si bien al inicio el nuevo abordaje teórico estaba rezagado en esta cuestión al limitarse a las tradiciones de Europa, pronto hubo quienes voltearon a otra parte para cubrir los huecos.

En cambio, algo que es muy rescatable del abordaje psicoanalítico es que el mito siempre fue considerado como algo esencial, una *metanarrativa* que daba cuenta no sólo de los momentos iniciales de los pueblos y sus creencias sino que, también fue un reflejo del estado emocional que tenían los seres humanos al momento de la fundación de estas historias.

Un mito no es sólo la historia, es también el momento perfecto, la creación del ideal que la mente lleva a cabo para guiar los destinos de varias

personas que se congregan alrededor de una misma idea; a esta idea se le profesa lealtad, se le respeta y se le cree valiosa porque da serenidad, garantiza que la vida y sus pruebas son orquestadas por una fuerza superior con la que una alianza es posible para encontrar la felicidad, tanto en la certeza de la vida como en el enigma de la muerte.

Un punto interesante es que en el habla popular el uso de la palabra mito se remite al campo de lo incierto, las personas gustan de emplearlo cuando hablan de algo que carece de verdad, incluso pareciera que hay un esfuerzo por separarlo de la *verdadera* religión. Suele ser común escuchar diálogos en que uno de los participantes refiere frases del estilo, “eso es un mito”, con esta aseveración pretenden restar veracidad o fuerza a lo que les están refiriendo, al mitificar un suceso se le pone en la esfera de lo improbable, aquelloa lo que no se puede llegar de forma empírica ni ser demostrado y por tanto, algo que no debe ser tomado como serio.

En congruencia con nuestra exposición hasta este punto, sostenemos que dicha aproximación es errónea, más arriba expusimos que la ligazón entre mito y fe es indisoluble, no sólo porque sin mitología los credos no podrían explicarse, también cuenta el que mediante lo mítico podemos conocer mucho de los pueblos, de su modo de vida y aspiraciones así como de sus miedo.

...los mitos, como sueños colectivos que son, muestran también estas potencias sanadoras del yo íntimo, del yo espiritual y del yo social. Si escuchamos con atención las enseñanzas simbólicas que nos brindan, encontraremos llaves y claves de enorme sabiduría para la convivencia humana y para los conflictos psíquicos. (Jáidar, 2006, p. 57.)

Si consideramos que lo mítico es una dimensión universal del ser humano, debemos puntualizar que no es la única, aquello que está siempre presente en todas las culturas aunque se le nombre diferente es conocido por los estudiosos de las ciencias sociales como *arquetipo*, una figura anímica que

siempre se presenta en las creaciones de los sujetos y las sociedades, se manifiesta sobre todo en sus manifestaciones artísticas y culturales siendo las creencias uno de los campos donde es más claro encontrarlos.

En el sentido de la psicología moderna, el primero en abordar esta noción fue C. G. Jung, tras su ruptura con Freud, el autor suizo comienza a profundizar más en el estudio de la alquimia y el simbolismo omnipresente en el conocimiento humano, tanto en su época como en el pasado. A una mente tan lúcida como la de este pensador no se le escapó el hecho de que los mitos tenían un peso mucho más importante de lo que hasta entonces se les había otorgado y no sólo estos, sino también los sueños y las psicopatologías eran parte de ese todo que la mayoría de las veces era desechado por no ser medible o cuantificable.

El autor suizo conjeturó que estas manifestaciones dependían de ciertas circunstancias por las que todos los sujetos sin importar su lugar de procedencia o época debían de atravesar, es a eso a lo que llamó arquetipo y junto con esa noción fundó la del *inconsciente colectivo*. Los símbolos son el medio por el cual se accede a estas estas dos dimensiones acuñadas por el fundador de la psicología analítica sin embargo, el que todos puedan experimentarlas no les resta su carácter *subjetivo*, cada quien experimenta a su propia manera la experiencia místico-religiosa.

Nos adherimos del todo a este planteamiento, creemos en lo atinado de estas nociones y coincidimos en que la fe es uno de estos arquetipos vividos por todos los miembros de la raza humana y experimentados de una forma única por todos y cada uno de los que llegan a este mundo, ya sea que se declaren ateos, fervientes defensores de la tradición religiosa a la que se adscriben (o los adscribieron) o que cambien esta por otra que llene sus necesidades espirituales, la vivencia está presente y el cómo se puede apropiarse cada persona de ella es lo que más nos interesa conocer.

Englobando todo lo que hemos dicho acerca de la teoría jungueana, definiremos los arquetipos de la siguiente manera:

Así como los sueños –y en muy alto grado- están hechos con material colectivo, así en la mitología y en el folklore de diversos pueblos repítense ciertos motivos en forma casi idéntica. A estos motivos los he llamado arquetipos casi universalmente como constituyentes de mitos y, al propio tiempo, como productos individuales autóctonos de origen inconsciente. Los motivos arquetípicos provienen, verosímilmente, de aquellas creaciones del espíritu humano transmisibles no sólo por tradición y migración sino también por herencia. Esta última hipótesis es ineludible, dada la reproducción espontánea de las imágenes arquetípicas, inclusive las complejas, aun en casos en que no existe posibilidad alguna de tradición directa.(Jung, 1938, p. 35)

Consideramos que este breve estudio acerca de las raíces psicológicas de la religión ha sido llevado a cabo de forma correcta y, aunque no es exhaustivo, da un buen panorama para empezar a indagar o estar informado de forma suficiente acerca de los porqués de los dogmas y su impacto en la vida cotidiana. Como todo escrito académico es aún perfectible sin embargo, consideramos correcto dejar hasta este punto nuestra exposición teórica, no por creerla completa ni suficiente sino porque nos da material suficiente para dar pie al trabajo de análisis.

Conclusiones

Sabemos que de esta revisión breve no se puede concluir con visos de universalidad, en aproximaciones más complejas como lo son tesis de maestría o doctorado se abarcan de forma mucho más profunda y detallada teorías que entran un marco fértil que suele resultar en propuestas aplicables a la vida cotidiana. Aunque en esos contextos tampoco se puede generalizar o pretender sacar una teoría que abarque todos los aspectos pues las ciencias sociales se caracterizan por ser un campo siempre en construcción.

Un fenómeno tan complejo como lo son las creencias religiosas es siempre variable y digno de análisis, el desafío está en mantener la apertura a sus constantes transformaciones y estar a la vanguardia teórica para poder entenderla de la mejor forma. Por vanguardia no hablamos de descartar teorías o voces, al contrario, nos referimos a una capacidad integradora que permita al investigador elucidar los cambios en los sistemas religiosos y las formas en que estos inciden en las personas que se adhieren a ellos.

La experiencia místico-religiosa es multidimensional, una de las principales áreas en que se desenvuelve con gran éxito e incluso nos atrevemos a decir, casi de forma monopólica, es al momento de explicar el fenómeno de la muerte; las explicaciones que de este suceso suele dar son variables según el sistema religioso que estemos presenciando sin embargo, el efecto psicológico que se da en los creyentes cuando hay un credo que les arrope al enfrentar este hecho, es de gran importancia y no puede ser menospreciado.

Morir es un hecho (muchas veces aterrador), las ciencias sociales pueden explicarlo y dar luz sobre todo lo que ello implica pero, la pertinencia de la psicología en esta cuestión es indiscutible, si bien es cierto que cuando el fin de la vida hace su aparición se dan cambios en todos los ámbitos, el que se da a nivel emocional en el sujeto es particularmente importante, no sólo porque esto

implica un torbellino de emociones que sólo es entendible para quien las vive sino que, la concepción sobre la propia vida y el momento de la muerte entran en escena y comienzan a reconfigurarse o a afianzarse según sea el caso.

La psicología también puede abarcar la dimensión social de la muerte, los grupos que se ven afectados por el fenómeno sufren un cambio innegable y fácil de describir si se le mira con atención, la interacción entre los sujetos cambia, al ser la muerte un tabú no es tan fácilmente asimilable para todos pues confronta al sujeto con sus miedos, con sus angustias más profundas y con aquello de lo que no sabe hablar pues ha sido censurado desde las etapas más tempranas de su vida, quizás no por elección propia o de los que le rodean sino, por simple tradición.

De ninguna manera descartamos los valiosos aportes de otras disciplinas como la antropología o la sociología, sus descripciones acerca de la interacción social y los productos de la misma son indispensables; muchos menos podemos hacer de lado los desarrollos que la filosofía y la teología hacen al respecto aunque estas son un poco más enfocadas y relacionados con la materia en sí que con el impacto que puedan tener con los sujetos, más bien, el desafío está en estudiar todos estos abordajes y saber emplearlos para dar cuenta de las emergencias que se susciten el campo religioso.

El científico social debe de estar atento para describir los cambios, registrar la forma en que se dan, dar luz sobre las nuevas tendencias y documentar el ocaso de las pasadas explicándolas en la medida de lo posible; eso no nada más aplica para este tema, en general para todos aquellos que se deriven de la vivencia humana, la labor esa esa y debe de ser acatada de la mejor forma posible.

Consideramos que las ciencias sociales en su constante transformación reciben aportes nuevos en cada momento, una disciplina joven y que aún tiene mucho que agregar a este estudio es la tanatología. Si bien es cierto que el

panorama es aún cuesta arriba en este campo por varias razones, somos partidarios y optimistas de ella pues sus postulados, si bien son jóvenes, también son novedosos y han demostrado tener gran validez y utilidad al momento de comprender un poco más la muerte y la forma en que esta es explicada, no sólo por los credos sino también por otros escenarios del entendimiento humanos.

Otra opinión que vale la pena sustentar es que, en este escrito no nos decimos partidarios de una separación tajante entre *'el estudio de la muerte'* y la psicología. Esperando que no suene como un reduccionismo, reafirmamos nuestra postura al afirmar que ambas son inseparables y la primera es una forma aplicada para abordar, describir y tratar de curar el dolor que ocasionan la muerte, las pérdidas y la desesperanza en general pero, todo ese proceso tiene una raíz inminentemente psicológica. Claro está, aspectos de otras disciplinas también entran en juego y la tanatología debe de saber jugar al lado de ellos y retroalimentarse para posicionarse como un trabajo mucho más completo.

Si abrimos la interrogante acerca de si la tanatología podría volverse una ciencia social por sí misma, creemos que la respuesta es por mucho afirmativa pero, también valdría la pena puntualizar que al igual que otros saberes, tiene un componente doble, puede ser una herramienta tanto clínica como social, atender el duelo de un sólo sujeto y a su vez describir el proceso que varios o un grupo puedan atravesar le dará esa posibilidad. Para esto claro está, la disciplina deberá seguirse apoyando en aquella de la que emana y en otras que puedan prestarle herramientas y a su vez retroalimentarse ellas mismas del saber tanatológico.

Lo que salga de esta aplicación de la tanatología al campo de lo social será un gran beneficio para el saber humano en general, la experiencia demuestra a lo largo de la historia que ningún abordaje ha salido sobrando y

que bien aplicado pueden ser dignos de considerarse ciencia en toda la extensión de la palabra.

Al trabajar con algo tan real y empíricamente comprobable como o es el cese de las funciones vitales, el abordaje tanatológico está a salvo de ser tachado como pseudo-científico y a su vez, aunque parezca tener un pilar débil al relacionarse con el tema de la religión que en más de una ocasión ha sido tratado como indigno de las altas esferas del conocimiento empírico y comprobable; postulamos que el mejor argumento en contra de tal juicio es recordar que al ser dadora de sentido, no hay experiencia místico-religiosa que quede por fuera de las ciencias sociales sino al contrario, la irrupción de un nuevo abordaje sólo viene a demostrarnos lo necesario que es un nuevo ángulo de visión para hablar acerca de un tema tan cotidiano y trabajado como es la fe religiosa.

Bibliografía

- Bettelheim, B., (1991). *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*. Buenos Aires: Critica.
- Castoriadis, C., (1997) El Imaginario Social Instituyente. *Zona Erógena*, 35, P. 1-9
- Eliade, Mircea (2001). “Nacimiento y Renacimiento. El significado de la iniciación en la cultura humana” en *Filosofía en Costa Rica*. [En línea]. Barcelona, disponible en:
https://www.intec.edu.do/downloads/pdf/biblioteca/004-biblioteca_harvard_estilo.pdf
[Accesado el día 20 de julio de 2014]
- Freud, S. (1927). *El Porvenir de una Ilusión*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Fromm, Suzuki. (1998), *Budismo Zen y Psicoanálisis*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Geertz, C. (1998) *La interpretación de las culturas*. Barcelona, Editorial Gedisa.
- González, J.L., (1998) El cristianismo y el desarrollo de la subjetividad en Occidente: el caso de la religión popular. *Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales*, 13, diciembre. P. 57-78
- Hassan S., (1990), *Como combatir las técnicas de control mental de las sectas*. México,Urano.
- Jáidar, I., Perrés, J. (2000). Buscando las propias huellas. En torno al pensamiento mítico-religioso y los sistemas de interpretación colectivos. *Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales*, 16, diciembre. P. 27-40

- Jáidar, I. (2004). Psicología, psicoanálisis y mitos. *Tramas, subjetividad y procesos sociales*, 23, diciembre. P.169-180.
- Jáidar, I. (2006). El Ser en busca de un Rostro. *Tramas, Subjetividad y Procesos Sociales*, 26, Diciembre. P. 53-68
- Jung, C. G., (2009). *El hombre y sus símbolos*. Barcelona: Paidós.
- Jung, C. G., (1938). *Psicología y Religión*. Madrid: Trotta. }
- Masferrer, E. (2004). *¿Es del César o es de Dios? Un modelo Antropológico del campo religioso*. México: Plaza y Valdés Editores.
- Newberg A., d'Aquilli E., Rause V. (2002). *Why God won't go away: Brain, Science and Biology of Belief*. Pennsylvania: Ballentine Books.
- Otto, R (1980). *Lo santo. Lo irracional y lo irracional en la idea de Dios*. Madrid: Alianza Editorial.